

COMBATE POR LA CONCORDIA

Cataluña en España,
un futuro común



ROBERTO FERNÁNDEZ


ESPASA

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Índice

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

INTRODUCCIÓN. PERPLEJOS Y DESCONCERTADOS, ILU-
SIONADOS Y ESPERANZADOS

VIAJANDO A CARTAGENA

REFLEXIONAR CON EL SILENCIO DE LAS PASIONES

PRIMERA PARTE. EL PATRIOTISMO DUAL DEL CATALA-
NISMO HISPÁNICO

PATRIOTISMO SIN NACIONALISMO

EL CATALANISMO HISPÁNICO: UN VETERANO CON POR-
VENIR

SEGUNDA PARTE. UNA PONDERACIÓN CRÍTICA

DEL «GRAN CAPITÁN» AL VENDAVAL INDEPENDENTISTA

UNA «CAUSA GENERAL» CONTRA ESPAÑA

NARRATIVAS DEL PROCESISMO

TERCERA PARTE. CATALUÑA COMO PROYECTO COMÚN

LA NOCIVA DIVISIÓN DE LOS CATALANES

LA CATALUÑA PLURAL Y SU UNIDAD CIVIL

LA IMPERIOSA NECESIDAD DE LAS TRES «C»

UN DIÁLOGO FRATERNAL PARA LA CONCORDIA

UN GRAN PACTO ENTRE CATALANES PARA CATALUÑA:

LAS REFORMAS POSIBLES

EPÍLOGO. UN DESIDERÁTUM REFORMISTA ESPERANZA-
DO

[AGRADECIMIENTOS](#)
[BIBLIOGRAFÍA](#)

[CRÉDITOS](#)

[NOTAS](#)

SINOPSIS

El problema de las relaciones entre España y Cataluña ha ocupado los últimos años de la política nacional española, con momentos especialmente convulsos y difíciles que todavía no se han resuelto. El autor aborda el vendaval independentista, el «regionalismo-nacionalista» conservador de Jordi Pujol, el «fracaso» histórico del Estado español, la creación de los sentimientos nacionales o la manipulación de la historia para, a continuación, adentrarse en la búsqueda de consensos y soluciones para que tanto España como Cataluña tengan un futuro común.

A Ginés y Margarita, mis amados padres, in memoriam.

A mis paisanos de la Murcia chica de la Torrassa-Collblanc, que supieron hacerse catalanes sin dejar de sentirse españoles.

«El justo comportamiento ha dado días de gloria a Cataluña, porque su historia ha estado creada con muchos jornales de sudor y no solamente con cuatro efemérides de sangre».

JAUME VICENS VIVES, *Noticia de Cataluña*, 1954

«Quizás la humanidad viva lo suficiente para ver el día en que el nacionalismo parezca absurdo y remoto, pero para ello deberemos entenderlo y no subestimarlos; y es que aquello que no es comprendido no puede ser controlado: domina a los hombres en lugar de ser dominado por ellos».

ISAIAH BERLIN, *Sobre el nacionalismo*, 1964

«En la vida hay tantos senderos por caminar. Qué ironía que al fin nos lleven al mismo lugar. A pesar de las diferencias que solemos buscar, respiramos el mismo aire, despertamos al mismo sol, nos alumbra la misma luna, necesitamos sentir amor».

GLORIA ESTEFAN, *Hablemos el mismo idioma*, 1993

«Creo que cualquier bandera entorpece. Lo que tenemos que tener es una bandera de justicia, de bondad, de educación, de cultura, de sensibilidad, de filantropía, otro sustantivo maravilloso de los griegos, el amor a los otros».

EMILIO LLEDÓ, *El País*, 26 de octubre de 2017

INTRODUCCIÓN

PERPLEJOS Y DESCONCERTADOS, ILUSIONADOS Y ESPERANZADOS

«Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas:
entenderse con el que piensa de otro modo; y
no admitir jamás que el fin justifica los medios,
sino que, por el contrario, son los medios los
que justifican el fin».

GREGORIO MARAÑÓN, *Ensayos liberales*, 1966.

VIAJANDO A CARTAGENA

En la última semana del mes de octubre de 2017 se iba a celebrar en Cartagena un congreso internacional sobre las ciudades de la Ilustración al que como conocedor de la materia, sus organizadores habían tenido la amabilidad de invitarme. Mi viaje en tren fue durante buena parte del día 26, mostrándome una vez más lo invertebrada que todavía sigue España en cuestión de comunicaciones ferroviarias. Al contrario de lo que suelo hacer, que es disfrutar del paisaje, la lectura y la música, ese día estuve pendiente de las noticias de la radio con mi corazón en un puño. Iba de una a otra emisora con una gran desazón, porque tenía la clara intuición de que mi futuro, y el de los míos, iba a tener que dialogar con la noticia que estábamos esperando: el presidente Puigdemont deshojaba la margarita sobre si convocaba o no elecciones autonómicas. O lo que es lo mismo, si andaba por el camino de la legalidad o de la vía unilateral para conseguir la independencia de Cataluña.

Todos los periodistas aseguraban que la noche había sido larga y densa en el Palau de la Generalitat. Una noche en la que además, de miembros del gobierno, asistieron a la reunión los líderes de las principales asociaciones independentistas [1], culminado un hecho insólito pero significativo: ya no era una reunión institucional, sino una cita de quienes estaban decidiendo, en nombre de todos los catalanes, si se abría un proceso de pleno enfrentamiento con el Estado. Se trataba de una triste constatación en el marco de una democracia moderna: unas organizaciones cívicas se ponían a la misma altura en capacidad de poder y decisión que los representantes políticos elegidos por todos, convir-

tiéndose en un poder paralelo con capacidad de moldear el poder institucional, que es el único que representa a la plenitud de la ciudadanía.

Aunque por las impresiones que transmitían las primeras noticias parecía que la decisión se inclinaba a favor de la convocatoria, el retraso de la rueda de prensa para publicitarlo me tenía en vilo, al igual que a millones de catalanes y españoles. Y la verdad es que empecé a pensar en lo peor recordando la jornada del 6 de septiembre, cuando Cataluña había quedado dividida en dos mitades en el Parlament: la mayoría independentista forzando votaciones sin las garantías procedimentales para la actuación de la minoría, y la mayor parte de esta última saliendo del hemiciclo en repulsa por ello y para no tener que participar en la votación sobre una vinculante Ley de Autodeterminación sobre la Independencia de Cataluña, que fue suspendida dos días después por el Tribunal Constitucional abriéndose un nuevo choque frontal con el secesionismo.

Se conoce ampliamente cuál fue la decisión final —a las cinco de la tarde— y todo lo que trajo consigo. Han sido muchos los testimonios que han salido a relucir (incluidos bastantes de los protagonistas más directos) y también numerosas las publicaciones que han dado cuenta de esas horas trascendentales [2]. Yo me enteré poco después de bajar del tren y les confieso que me estremecí. Pisando la tierra murciana de todos mis abuelos, pensé que resultaba una paradoja del destino que el presidente de mi patria chica, a la que emigraron antes de la guerra incivil española en busca de porvenir y para servir con lealtad a la prosperidad de Cataluña, hubiera decidido someter a la sociedad catalana a un proceso que iba a ocasionar una verdadera convulsión en nuestro futuro al poner en jaque el orden constitucional español que tantos esfuerzos había costado crear de forma pacífica y consensuada.

Era, desde luego, una posibilidad que podía ocurrir pese a las esperanzas de que no sucediera por parte de los no

nacionalistas. Demostrando una gran seguridad en sí mismo, el independentismo no había ocultado en ningún momento sus planes. Al contrario, los anunció varias veces, ofreciendo presagios de su determinación. La soberbia demostración de movilización popular del 1 de octubre había sido la última muestra de su formidable capacidad de convocatoria. Pero el sobrecogimiento que miles de catalanes sentimos aquel día era consecuencia de que hasta entonces muchos pensábamos que todo sería una pesadilla pasajera, que no se llegaría a la tesitura de querer conquistar a las bravas la independencia después de un largo tiempo en el que más parecía una estrategia a corto plazo para sacar réditos del Estado que una verdadera intención final de declarar la separación de España.

Tuve entonces la sensación y tengo ahora la convicción de que el *procés* (en adelante Proceso) había sido jaleado por la veterana *Convergència* (y fácilmente acompañado por *Esquerra Republicana* y la *Candidatura d'Unitat Popular*) para seguir estando en el poder político y social, pero que finalmente su propia dinámica política de acción-reacción y los miles de activistas movilizándose con gran fervor habían tal vez arrastrado a sus líderes políticos allí donde quizá no pensaban llegar porque no estaban seguros de poder alcanzar la meta anhelada de la separación. Y lo confieso: a mi intuición política y a mi sentido común les pareció ya en esos momentos una enorme falta de responsabilidad que íbamos a pagar todos, también los millones de catalanes que no habían ido a votar en octubre y a los cuales poco o nada se menciona cuando se habla de los importantes sucesos de aquel día.

Pero lo que a mí me estremeció el alma y me pareció a todas luces una soberana insensatez era lo mismo que hizo que miles de mis compatriotas salieran a las calles para celebrar lo que para ellos era una noticia ambicionada y esperada desde hacía varios años: el principio del camino para conseguir su acariciado sueño de la independencia de Ca-

taluña. Y eran precisamente esas reacciones emotivas, tan contrarias entre sí, de máxima preocupación en un caso y de máxima alegría en otro, lo que expresaba con nitidez que la división civil entre catalanes que se había larvado en los últimos tiempos, ahora era más que previsible que se hiciera una realidad plena con las graves consecuencias que eso tiene para cualquier país.

A mi modo de ver, ese resulta sin duda el principal y más preocupante resultado de todo el proceso político que estamos viviendo. Lo es por la sencilla razón de que puede ser el gran obstáculo para solucionar los desencuentros y porque pudiera suponer un tipo de consecuencia que no desaparezca fácilmente, aunque se encuentre alguna solución política a la conflictiva situación actual. Las divisiones civiles son siempre las más difíciles de disolver y necesitan mucho transcurrir del tiempo antes de que se restaure una mínima cohesión social entre los ciudadanos. Cuando ellas dominan la sociedad, las pasiones suelen ser muy fuertes y poco proclives a dar el paso a la calma necesaria para la reflexión ponderada. Y si las pasiones someten a la sociedad, la pluralidad que ella contiene acaba cristalizando en bloques civiles enfrentados no solo ideológicamente. Entonces, se crean ecosistemas sociales y civiles cada vez más cerrados y opuestos entre sí y cada cual con su propia cosmovisión identitaria, política, cultural, lingüística o mediática.

Bloques, por cierto, entre los cuales no deberíamos soslayar el que forman el variopinto universo de los indiferentes. Unos son gente joven y con cierta formación que no encuentra acomodo en el sistema y que tiene tendencia a vivir alejada de la política, a menudo como señal de protesta ante ella. Otros son gentes que suelen ser de nivel económico y cultural más bien bajo, que no ven ni escuchan programas de debate ni acuden a las redes sociales politizadas, que suelen ser castellanoparlantes de barrios periféricos, que a menudo están muy cabreados por su falta de destino social satisfactorio y que ni siquiera votan porque

su actitud más inmediata es sostener una deserción a la que les conduce su pleno escepticismo político ante el descrédito que le imputan al sistema, mostrando de este modo una evidente incapacidad objetiva para practicar «la virtud cívica» de intervenir para cambiarlo, bien como reformistas, bien como alternativos.

En Cataluña no deberíamos olvidarnos de este sector social, que en casi nada participa en el debate sobre las relaciones entre Cataluña y el conjunto de España, en parte porque no lo viven como una cuestión propia y que les trascienda. Un sector que se cifra habitualmente en las elecciones autonómicas en alrededor del 30 % del total del censo y que gran parte de los analistas sitúan en mayor beneficio político del mundo soberanista que se muestra más motivado, más movilizado y más estable a la hora de votar en cualquiera de los procesos electorales [3] .

Recuerdo también que, a la llegada al hotel en Cartagena, mi oficio de historiador me llevó a algo que es muy propio de nuestras discusiones en el gremio: a reflexionar sobre el verdadero protagonismo de los líderes políticos en el decurso de la historia, y muy especialmente en cómo sus decisiones pueden volverse trascendentes para toda la sociedad en determinados momentos. En ese preciso sentido, sentía que estaba recibiendo una lección de lo notorio que resulta el hecho de que las resoluciones de los políticos adquieren en algunas coyunturas una trascendencia fundamental para la vida de los demás, y cómo en esas ocasiones algunos de ellos no son conscientes de dicha vital circunstancia, poniendo las emociones por delante del realismo necesario para gobernar. O bien prefiriendo la búsqueda de una rentabilidad electoral inmediata o futura sin tener presentes las consecuencias para el porvenir del conjunto de la ciudadanía.

Por eso es tan importante que nos esforcemos en que la calidad de nuestros dirigentes sea el producto de una esmerada formación y de una trayectoria personal que de

verdad avalen las grandes responsabilidades que les encomendamos para regir nuestra vida en común. Y por eso es también imprescindible volver a dignificar la política y que las compensaciones económicas, sociales y morales por su buen ejercicio estén a la altura de la transcendencia social que le otorgamos. Como dicen Daron Acemoglu y James Robinson, más que el clima, más que la geografía, más que la cultura, son los políticos preparados y eficaces dirigiendo instituciones sanas y estables los que proporcionan prosperidad a las naciones [4] .

En el caso que nos ocupa, eso significa que las ciencias sociales no deberían descartar el análisis prosoprográfico de las élites dirigentes ni las biografías personales de sus miembros más destacados, incluyendo también la opinión de los psicólogos para afinar lo máximo posible en la definición de sus personalidades, cuestión que no debe entenderse como un tema de menor envidia a la hora de comprender con rigor los procesos históricos en los que sus decisiones adquieren una notable relevancia. Y para muestra reciente podría valer la situación psicológica del presidente Puigdemont en el difícil momento de decidir si convocaba o no elecciones autonómicas, pero también las anteriores tomadas por su antecesor, el presidente Artur Mas, que fueron su antesala y que llevaron a Cataluña a la actual situación.

Pero, sobre todo, el sentimiento que más embargó mi conciencia fue que no podía creerme que todo aquello estuviera pasando en la Europa occidental de principios del siglo XXI . Vinieron a mi memoria los Juegos Olímpicos de 1992, el Camp Nou lleno de banderas españolas en la final de fútbol con Guardiola abrazando a Kiko, el estadio llevando en volandas a Fermín Cacho. Vino a mi memoria la unión de aquellos días que hacía imposible pensar en que casi tres décadas después se pudiera producir una acción política secesionista que llevara aparejada una fractura civil tan evidente en la sociedad catalana. Por unos instantes es-

tuve entre la nostalgia del buen pasado y la impotencia ante un futuro que adivinaba lleno de sinsabores. Por unos instantes llegué a pensar también si acaso aquella unión no tenía algo de ficticia o bien se habían hecho las cosas de manera tan funesta que se consiguió hacerla añicos.

A lo mejor, la preparada acción secesionista de los silbidos al rey Juan Carlos I en la inauguración del Estadio Olímpico en 1989 o la campaña *Freedom for Catalonia* impulsada por Òmnium Cultural, durante el recorrido de la llama olímpica, respondían a una realidad más cierta y profunda de lo que muchos sospechábamos en aquellos días de euforia colectiva en los que Cataluña y el resto de España se mostraron unidas ante el mundo con las mejores galas de una democracia joven pero asentada y una sociedad cada vez más moderna y en continuo progreso.

A lo mejor, lo que estaba sucediendo ahora era que, conseguida en España una democracia que salvaguarda los derechos individuales y reconoce los hechos territoriales diferentes, eso no resulta suficiente para miles de catalanes que piensan que ha llegado el momento histórico de conquistar el derecho colectivo a decidir como entidad nacional: conseguida la dignidad individual, toca la conquista de la dignidad nacional. Dicho de otra manera, desde la óptica soberanista: recuperar un derecho inmanente de los catalanes a su libertad arrebatado en 1714 y que se quiere que sea la forma lógica de resolver el futuro de Cataluña. Es decir, el derecho de autodeterminación. O sea, volver a recuperar el pleno control de la propia nación frente a los extranjeros españoles que nos lo arrebataron junto a las tropas francesas. Algo muy parecido a una parte de los sentimientos que inspiraron el triunfo del Brexit en Gran Bretaña.

O a lo mejor, finalmente, lo que estaba sucediendo es que muchos catalanes se sentían espontáneamente independentistas de corazón, porque así han sido educados en el seno familiar y en el entorno social y, en no menor medi-